

Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización: algunos puntos de reflexión

MARINA ARIZA *

Resumen: Ubicado dentro del debate actual sobre globalización y transnacionalidad, el artículo explora las repercusiones contradictorias que tienen tales transformaciones socioeconómicas en el mundo familiar en tres dimensiones: su estructura, su dinámica interna y su condición identitaria. La hipótesis que anima la reflexión es que la familia constituye un eje de organización social prioritario en la vida de los migrantes, cuya importancia se acrecienta en el contexto transnacional. Desde el fortalecimiento inicial de los vínculos familiares como mecanismo para hacer frente a la contingencia abierta por la migración, hasta la erosión del capital social que representan por efecto de la continua exigencia sin retornos de utilidad, las familias insertas en los circuitos transnacionales viven de manera ambigua y contradictoria las complejas consecuencias de los procesos sociales en curso.

Abstract: Within the current debate on globalization and transnationality, the article explores the contradictory repercussions of these socio-economic transformations on three aspects of the familial world: its structure, its internal dynamics and its condition of identity. The hypothesis underlying the reflection is that the family constitutes a key axis of social organization in migrants' lives, whose importance is increased within the transnational context. From the initial strengthening of familial links as a means of dealing with the contingency created by migration to the erosion of the social capital that they represent, as a result of the continuous demand without useful returns, families inserted in transnational circuits experience the complex consequences of the social processes underway in an ambiguous and contradictory fashion.

Palabras clave: migración, familia, transnacionalidad, globalización, redes sociales, género, identidad, exclusión social.

Key words: migration, family, transnationality, globalization, social networks, gender, identity, social exclusion.

I. INTRODUCCIÓN

UNO DE LOS ASPECTOS MÁS EVIDENTES DEL PROCESO de globalización en curso es el dinamismo cada vez mayor que muestran las migraciones internacionales (Portes, 1996; Guarnizo, 1998), lo que ha llevado a algunos autores a proclamar el fin

* Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología. El Colegio de México.

de la contradicción entre la globalidad del capital y la localidad del trabajo (Portes, 1996): en el contexto actual, ambos tendrían un alcance planetario.

El renovado impulso de las migraciones internacionales, así como un conjunto de factores que son a la vez causa y consecuencia de ellas (la integración económica, los cambios en los mercados laborales propulsados por la reestructuración, y las revoluciones tecnológica y mediática), han acelerado un cúmulo de tendencias preexistentes hasta lograr un *momentum* que de por sí configura un nuevo escenario social: la transnacionalidad.¹ Directa o indirectamente, las migraciones laborales han contribuido a su conformación tanto en el nivel societal y familiar como en el individual. Con frecuencia, el entorno transnacional tensa, modifica y replantea muchos de los referentes de vida tradicionales de los migrantes, sus congéneres, y las sociedades con las que se enlazan, lo cual da lugar a expresiones *sui generis* en el dominio sociopolítico, económico y cultural.

Como muchas otras dimensiones de la vida social, el mundo familiar ha sufrido también el efecto de estos procesos de cambio impulsados por las fuerzas centrífugas de la globalización. Tales transformaciones resultan más evidentes en las unidades familiares inscritas parcial o totalmente en los circuitos migratorios internacionales, aunque no sólo en ellas. Las tendencias contrapuestas a la integración y fragmentación características de la globalización, replantean las condiciones de la vida familiar y crean situaciones inéditas para su desempeño. En ocasiones la respuesta inicial se traduce en un fortalecimiento del vínculo primario; en otras, tiende a erosionar el capital social que representa.

El presente trabajo explora algunas de las tensiones que en contextos de migración internacional introduce la dinámica socioeconómica actual en el entorno más próximo de la vida familiar. El argumento central sostiene que la familia es un eje de organización prioritario de

Investigadora titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Teléfono: 55-56-22-74-00, ext. 292; correo electrónico: ariza@servidor.unam.mx.

¹ Uno de los aspectos controversiales del debate sobre la transnacionalidad es el interrogante de hasta dónde constituye una novedad o si, por lo contrario, aparece en contextos migratorios previos. Más de un autor concuerda, sin embargo, en el hecho aun cuando pudieran encontrarse manifestaciones anteriores. Las facilidades de desplazamiento y comunicación actuales dotan al transnacionalismo de un alcance y repercusiones sin precedentes (para una revisión crítica del tema, véase Kivisto, 2001).

la vida de los migrantes, y que adquiere importancia especial en el contexto transnacional, no sólo por su centralidad en la estructuración de las redes sociales, sino por constituir un referente cultural principal de la representación social que comparten.

El texto se divide en tres partes. En la primera se discuten en un plano general las relaciones entre globalización, migración y transnacionalidad. En la segunda se examina el vínculo más directo entre el entorno transnacional y el mundo familiar; asimismo, se rastrean sus repercusiones en tres dimensiones específicas: la estructura, la dinámica interna y la condición identitaria de las familias. A modo de conclusión, se reflexiona en la tercera parte sobre los desafíos y necesidades metodológicos abiertos por este emergente campo de investigación.

II. GLOBALIZACIÓN, MIGRACIÓN Y TRANSNACIONALISMO

Globalización económica y migración laboral son procesos interrelacionados. En la base del dinamismo adquirido por la segunda² se encuentran los cambios ocurridos en la organización del trabajo y la demanda laboral en el contexto de la reestructuración económica. Tales cambios han traído consigo una expansión de los trabajos con bajos niveles salariales (especialmente en determinados subsectores de los servicios), y una polarización cada vez mayor de los ingresos y las ocupaciones (Sassen-Koob, 1985, 1986 y 1995; Bryan *et al.*, 1999; Portes, 1996 y 1999; Canales y Zolniski, 2001).³ Muchas de las transformaciones en curso tienen como telón de fondo la tendencia general a la desindustrialización, que ha caracterizado el comportamiento económico de los países desarrollados desde la posguerra (Howes y

² Dicho mayor dinamismo parece ser más producto del aumento considerable de los flujos de migrantes antes que del *stock* (Tapinos y Delaunay, 2001).

³ Aun cuando los cambios mencionados tienen como referencia general los Estados Unidos de América, es sabido que muchas de dichas tendencias son comunes a otros países (Standing, 1999). A la polarización contribuye también la recomposición del sector manufacturero mediante el crecimiento del trabajo a domicilio, los cambios tecnológicos que han causado la pérdida de calificación de algunas ocupaciones y el rápido crecimiento de industrias de alta tecnología intensivas en mano de obra (Sassen-Koob, 1985, 1986 y 1995). Indirectamente, entonces, vía el deterioro del mercado de trabajo y los procesos de flexibilidad laboral, la reestructuración económica contribuye a la gestación de las comunidades transnacionales.

Singh, 1995).⁴ La recomposición de la manufactura promovida por la reestructuración ha llevado tanto a la descentralización espacial de las fases más intensivas en mano de obra hacia los países periféricos, como a la segmentación interna del proceso productivo; ello crea nichos de producción con características propias del mercado secundario (*sweatshops*). No es infrecuente que en tales espacios predomine la fuerza de trabajo migrante, en especial la femenina.⁵

En sí misma, la descentralización de la actividad económica inherente a la globalización estimula la movilidad del trabajo y requiere de la reproducción de una fuerza laboral estructuralmente diferenciada en la que la población migrante desempeña un papel decisivo. Promueve, por un lado, los desplazamientos internos en los países en los que ubica sus plantas industriales y realza, por el otro, el papel productivo y financiero de un conjunto seleccionado de ciudades de los países centrales; ambos procesos atraen fuerza laboral migrante.⁶ Así, parte del dinamismo actual de las migraciones laborales traduce los cambios acaecidos en la movilidad del capital, la rearticulación a escala mundial de la relación capital-trabajo (Sassen-Koob, 1984; Sassen-Koob, 1995).

Además de modificar el escenario del mundo del trabajo, el nuevo entorno económico ha dado lugar a la conformación de un espacio social inédito: el de los intensos lazos y vínculos sociales que integran a los que se desplazan y a los que se quedan en una estructura intangible de densas redes de comunicación —instrumentales y simbólicas— entre dos o más países. Nos referimos al espacio de la transnacionalidad (Glick, Basch, y Blanc-Szanton, 1992; Kearney, 1995; Guarnizo y Smith, 1998; Faist, 2000).⁷ Estos vínculos han crecido en escala e intensidad a

⁴ Por “desindustrialización” se entiende la caída del empleo en la manufactura, en relación con otros sectores económicos. Si bien la tendencia empezó a ser observable ya desde los años sesenta en países como Inglaterra y Suecia, no fue sino hasta 1973 cuando adquirió un impulso definitivo (*Ibid.*).

⁵ Éste es particularmente el caso de ciertos sectores de la industria textil y del calzado en Estados Unidos.

⁶ Como destaca Sassen-Koob (1984) en el texto citado, dicho aspecto es el que explica que alrededor de la mitad de todos los inmigrantes a Estados Unidos se distribuya en no más de 10 ciudades de la Unión Americana.

⁷ Entre los exponentes de este emergente ámbito de reflexión privan diferentes concepciones del entorno creado por la transnacionalidad. Para los situados en la línea de pensamiento francesa (Bordieu), se trata de “campos sociales” (Portes, Glick); para los provenientes de la tradición de las escuelas geográficas del norte de Europa (Faist, 2000), refiere más bien a la noción “espacios”, espacios sociales, no físicos (Kivisto, 2001).

medida que la presión hacia la integración económica ha estimulado la movilidad espacial de las personas. En contraste con el carácter impersonal, universalizante y menos institucionalizado de la globalización, el transnacionalismo conserva —aunque lo supere— el referente al ámbito nacional y atañe más a los aspectos culturales y políticos de estas relaciones en las que la pertenencia étnica desempeña un papel importante (Kearney, 1995). Las comunidades transnacionales crecen de manera paralela a los límites políticos establecidos por las naciones y son capaces de aprovechar en su favor los espacios abiertos por las asimetrías prevalecientes entre las sociedades de origen y destino (Portes, 1996).

En el nivel societal, son varias las maneras como la migración laboral contribuye a la formación del espacio transnacional. En virtud de ella se estrechan los intercambios económicos (de fuerza de trabajo, de costos de reproducción, ingresos, remesas y otros) entre las sociedades de origen y destino; todo ello profundiza la dependencia estructural que comparten. En el entorno de recepción, la migración colma los requerimientos de fuerza de trabajo barata y poco calificada de ciertos sectores económicos en crecimiento, como los servicios industriales, de negocios, y distributivos; en el de origen, permite resolver las necesidades de ingreso y reproducción social de una fuerza de trabajo depauperada y con pocas posibilidades de integración social. Ambos aspectos refieren al papel que desempeña la migración como mecanismo de ajuste del mercado de trabajo en el contexto globalizador (Pérez Sáenz, 2000).

En su calidad de constructora de redes (Portes y Walton, 1981; Portes y Boróez, 1989; Portes, 1993), la migración enlaza permanentemente los países de origen y destino. Facilita un circuito de interacción que incluye —además de la movilidad espacial de las personas— la de los símbolos que comparten, bienes tangibles e intangibles, recursos familiares, políticos y culturales, entre otros. En sí mismo, este flujo constante de interacción constituye un campo de relaciones sociales que se conforma en la intersección de dos o más realidades nacionales. Los lazos transnacionales integran así un sistema de relaciones caracterizado por la fluidez de los contactos, situación a la que coadyuva de manera principal la interconectividad sin precedentes que tienen los medios modernos de comunicación.

Son precisamente las redes sociales el eje principal de articulación de la realidad transnacional. Mediante ellas se sostiene ese espacio social intangible que los migrantes crean y recrean en la continua interacción intersocietal; dicho espacio les otorga una suerte de ubicuidad en los lugares de origen y destino.⁸ En la hipótesis de Velasco Ortiz (1999), son las redes como sistemas de relaciones sociales, de comunicación y de prácticas, las que permiten a los migrantes la rearticulación simbólica de la comunidad étnica y de la experiencia fragmentada del territorio, una de las vivencias más drásticamente afectadas por la migración.⁹ En su sugestivo trabajo acerca de lo que denomina la “caribeñidad a la intemperie”,¹⁰ Martínez-San Miguel (2001) describe —con base en relatos literarios— las distintas direcciones que puede asumir el anhelo por el territorio entre los inmigrantes del Caribe hispanico: desde la aceptación del nuevo lugar como el propio (principalmente en los de la segunda generación), hasta la construcción de un nuevo “refugio” en el que prevalecen la nostalgia y la tensión por otro lugar de origen. Rotas las posibilidades de contigüidad física y enraizamiento con el lugar de nacimiento, la vinculación social con personas del mismo origen —vía las redes de relaciones— proporciona el sentimiento de continuidad, de identidad y pertenencia comunitaria, necesario como para *permanecer* pese a haber emigrado (Duany, 1994). Es la expansión territorial de las redes sociales de los migrantes la que les permite definir el sentido de pertenencia con base en la comunidad de origen (Smith, 1995, citado por Canales y Zlolniski, 2001).

⁸ Como lo destaca Velasco Ortiz (1999: 189), apoyándose en Anderson (1993), por el hecho de generar información sobre la comunidad como conciencia común —lo que da lugar a la recreación de la vida colectiva mediada por lo que dicen “otros” sobre lo que sucede en otro lugar—, las redes migratorias posibilitan la creación del tiempo *simultáneo*: el aquí y el allá al mismo tiempo.

⁹ Cuando hablamos de “territorio” no nos referimos a la dimensión física o geográfica, sino a su dimensión cultural como espacio socialmente valorizado (Giménez, 1997). Según lo destaca Velasco Ortiz (1999: 144), desde este punto de vista el territorio constituye un espacio de inscripción de la cultura, un objeto de representación y apego afectivo.

¹⁰ Mediante dicho concepto, analiza las nociones de “origen”, “hogar transitorio” y la posibilidad de regreso, en la experiencia de los enclaves caribeños hispanos en la ciudad de Nueva York, tal y como se recoge en la narrativa literaria (Martínez-San Miguel, 2001).

Las redes constituyen además un capital social de la mayor utilidad para enfrentar la situación de vulnerabilidad social¹¹ implícita en la condición de minoría étnica (Malkin, 1999; Canales y Zolniski, 2001). Mediante ellas los migrantes obtienen información estratégica acerca de las oportunidades laborables disponibles en el mercado de trabajo, resuelven parte de sus necesidades de reproducción y financiamiento y logran un soporte para las actividades económicas que realizan (Portes, 1996). Tenemos una expresión palpable de este capital social en la proliferación cada vez mayor de organizaciones binacionales de migrantes (clubes, federaciones, asociaciones), que buscan elevar al máximo los beneficios de la pertenencia a ambos entornos para mejorar la situación personal o la de sus connacionales, tanto en el país de origen como en el de destino. Casi siempre de carácter filantrópico, estas asociaciones suelen desplegar acciones colectivas en favor de las comunidades de origen orientadas en la mayor parte de los casos a mejorar la infraestructura física; aunque igualmente pueden constituir medios de defensa y apoyo de los migrantes en Estados Unidos (Zabin y Escala, 1998).

Como lo confirman los estudios de los salvadoreños, mexicanos y dominicanos en Estados Unidos (Mahler, 1998; Grasmuck y Pessar, 1991; Pessar, 1998; Guarnizo, 1995, 1997) —por citar sólo unos cuantos—, el conjunto de relaciones sociales, la ascendencia de que puedan gozar los inmigrantes en el país receptor, y el flujo monetario de remesas, constituyen recursos valiosos de que se sirven los estados en el afán por fortalecer su posición negociadora frente al país receptor. La relativa flexibilidad que en años recientes han mostrado algunos países respecto de la condición de ciudadanía de sus nacionales, los esfuerzos por modificar el marco jurídico para dar cabida a la doble nacionalidad, expresan la voluntad estatal de agilizar la comunicación transnacional y potenciar —en aras de su interés— el valor del capital social creado.¹²

¹¹ El concepto de “vulnerabilidad social”, tal y como lo propone Pérez Sáinz (2000) para el caso del empleo, es una categoría analítica intermedia que supera la bipolaridad de nociones como “integración/exclusión”, “formal/informal”; asimismo, permite aludir a una dimensión de la desigualdad social situada entre los puntos extremos de la integración y la pobreza, nicho social en riesgo permanente de empobrecimiento pero que goza de cierta integración social.

¹² Hay quienes hablan incluso de la necesidad de crear la figura jurídica de una *ciudadanía transnacional* que englobe la realidad multilocal por la que transita la vida de los nuevos migrantes (Bresserer, 1999).

Los migrantes constituyen por tanto una de las mediaciones por vía de las cuales los Estados se aseguran una presencia transnacional (Guarnizo, 1998).

Para los migrantes, este capital social puede a su vez representar el vehículo que les permite alcanzar cierta ascendencia social en sus contextos de origen; así obtienen el reconocimiento del que probablemente carecían a la hora de partir. De este modo, al compartir una doble realidad, al actuar desde un doble marco de referencia, los migrantes pueden contrarrestar parcialmente la situación de no integración cabal, de segregación o exclusión parcial en que habitualmente los coloca la condición de grupo étnico diferenciado.

Las comunidades transnacionales¹³ constituyen la manera como los migrantes responden activamente a las persistentes dificultades de inserción social que encuentran en las sociedades receptoras. En contraste con lo que ocurrió con las primeras oleadas de inmigrantes europeos a Estados Unidos (Portes, 1996; Guarnizo, 1998), las posibilidades de movilidad social que en la actualidad brinda el mercado de trabajo son mucho más exiguas. En ese sentido, la pertenencia a una comunidad transnacional constituye una vía alternativa al trillado camino del logro ocupacional y de estatus, clausurado para un sector de los inmigrantes contemporáneos (Portes, 1996; Portes, 1999). En esta dimensión activa es donde se depositan las potencialidades de afirmación social, *desde abajo*, de los migrantes transnacionales.¹⁴

¹³ Faist (2000) considera las comunidades transnacionales como uno de tres tipos de espacios sociales transnacionales, junto a los circuitos transnacionales y los grupos de parentesco. Portes, por su parte, distingue tres tipos de transnacionalismo: el económico, el político y el sociocultural (Kivisto, 2001).

¹⁴ Se ha llamado la atención acerca del hincapié excesivamente festivo que hacen algunas formulaciones teóricas sobre la aquí llamada "dimensión activa" del transnacionalismo. Con una suerte de optimismo ingenuo, una corriente de pensamiento visualiza en ella una actitud contestataria, de afirmación y defensa social, que minimiza peligrosamente las fuertes contradicciones inherentes al proceso. Mediante un equilibrio precario y contradictorio, la dinámica social en curso tensa de manera inusual los lazos y vínculos sociales de que se sirven los migrantes, lo cual desencadena consecuencias no siempre positivas para ellos (véase, entre otros, Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997; Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2001; Canales y Zolniski, 2001).

III. TRANSNACIONALIDAD, MIGRACIÓN Y FAMILIA

Además de contribuir por diferentes vías a la conformación del espacio transnacional, la migración laboral posee consecuencias de diversa índole en el plano más restringido de la vida familiar. Estas consecuencias tienen su raíz en el tipo de relación que vincula el mundo familiar con el mundo laboral, y en el hecho de que la migración es un punto de confluencia de varios procesos sociales¹⁵ (De Oliveira, 2000). En este nivel intermedio de análisis entre lo macroestructural y lo individual, la migración constituye con frecuencia uno de los modos como las familias responden a las restricciones impuestas por la estructura de oportunidades en que se encuentran insertas. Desde esta mirada, la migración laboral es —como se ha hecho hincapié desde una vieja línea de análisis— una estrategia que permite la reproducción de la unidad doméstica (Arizpe, 1980). Estrategia que, en un contexto de negociación y conflictividad intrafamiliar, persigue elevar al máximo los recursos humanos y las redes sociales con que cuenta mediante el aprovechamiento de la oferta de trabajo disponible, aun cuando ésta se encuentre allende los límites fronterizos.¹⁶

No obstante, así como la familia es un ámbito que en virtud de la mediación de otros procesos sociales propicia los desplazamientos migratorios de algunos de sus miembros, se ve al mismo tiempo forzada a reestructurarse en virtud de las transformaciones que la propia migración desata en ella, como argumentaremos en esta sección. Tal juego de relaciones resulta más explícito en el contexto transnacional, puesto que en él las redes primarias de relación (familias y unidades domésticas) acrecientan su importancia estratégica como recurso social capaz de potenciar la integración y movilizar otros recursos sociales (Mahler, 1998; Pessar, 1998; Hondagneu-Sotelo, 1994).

Resulta paradójico que —a pesar del reconocimiento explícito de la centralidad de las redes sociales para conformar los lazos transnacionales

¹⁵ El potencial heurístico de la migración y su complejidad residen en parte en que ella denota la conexión de varios procesos sociales: desde los cambios ocurridos en los ámbitos productivos que determinan una mayor dependencia de mano de obra barata y poco calificada hasta la dinámica de las familias como unidades de producción y consumo (Oliveira, *Ibid.*).

¹⁶ Al hablar de “estrategias”, hacemos acopio de las muchas críticas a que el concepto se ha hecho acreedor (Bach y Schramel, 1982; Wolf, 1990; Hondagneu-Sotelo, 1994).

y la primacía indiscutible de las relaciones de parentesco en su estructuración— sea relativamente poco el esfuerzo hasta ahora desplegado para entender el lugar que ocupa la familia en la nueva configuración social. Su centralidad emana de dos aspectos interrelacionados: es uno de los principales ejes de organización de la vida de los migrantes en los lugares de destino (Malkin, 1999); asimismo, constituye un núcleo decisivo en el significado que los migrantes atribuyen a la experiencia de migrar y a otras vivencias sociales (Ariza, 2000; Malkin, 1999).

El peso de la familia en la organización de la vida cotidiana de los migrantes es un correlato natural de la situación de extrañamiento y desterritorialización que produce la migración. Ubicados fuera de la comunidad y el país de origen, los migrantes echan mano de las pautas y secuencias básicas de la vida familiar para introducir orden en sus vidas y responder con algunas certezas a los desafíos planteados por el contexto de inserción. Mediante sus jerarquías y vínculos de lealtad y reciprocidad característicos, el sistema de parentesco permite que la familia (y todas las relaciones comprendidas en el vínculo consanguíneo), constituya el primer modo de organización con el que los migrantes cuentan para responder como grupo, colectivamente, a las restricciones y exigencias impuestas por el nuevo entorno de residencia. Como lo señala Portes (1996: 158), siguiendo a Kollock (1994), en condiciones de incertidumbre como las planteadas por la inmigración, se cumple el principio sociológico de fortalecimiento de los lazos de intercambio entablados entre los participantes.

No obstante, dicha propiedad organizadora, estructuradora, de la familia en el contexto de la migración se vincula de manera principal con la preeminencia de las relaciones de parentesco en el conjunto de las redes migratorias, y con la importancia que éstas tienen para la vida de los migrantes en sentido general. Sin duda, en ellas la centralidad de la familia deriva en gran medida del alto grado de *confianza* que el vínculo familiar puede proporcionar, *vis-à-vis* otros vínculos sociales, capital social de inestimable valía en el entorno general de incertidumbre que propicia la migración.¹⁷

¹⁷ En su estudio sobre los hogares y las fratrías mexicanas en Estados Unidos, Delaunay y Lestage (1998) comprueban que la mayor complejidad de los hogares de los migrantes mexicanos residentes en Estados Unidos en comparación con los no migrantes residentes en México, proviene sobre todo del crecimiento por incorporación de parientes colaterales, antes que de “conocidos” o “amigos”.

El lugar central del parentesco en la conformación de las redes migratorias plantea la necesidad perenne para los migrantes y sus familias de invertir un caudal variable de tiempo y energía en la conservación y reproducción de sus vínculos, de preservar el valor que encierran como capital social. Este *trabajo de parentesco*, como lo denominan algunos autores,¹⁸ en ocasiones plantea requerimientos inusuales de dedicación de parte de las mujeres que integran el hogar (Alicea, 1997), como se argumentará más adelante.

Sin embargo, además del valor estratégico objetivo que conserva como eje organizador de la vida y del conjunto de redes sociales de los migrantes, la familia puede ser también, como han destacado algunas investigaciones (Malkin, 1999; Ariza, 2000), un referente de atribución principal del significado de la migración en la historia personal. Posee así una dimensión sociosimbólica que participa de la representación social que los migrantes elaboran de sí y de sus propias vidas. Para Malkin (1999), la familia es una de las principales construcciones ideológicas que los migrantes utilizan para entender su migración. En su análisis sobre la identidad transnacional de los dominicanos en Washington Heights, Duany (1994) encuentra que la familia constituye una imagen central del discurso de los migrantes acerca de sí mismos y los motivos a los que adjudican la migración.¹⁹ En la investigación realizada por Ariza (2000) sobre mujeres migrantes en República Dominicana, la familia figuraba de manera preponderante en el conjunto de los significados sociales con que las mujeres evaluaban el efecto de la migración en sus vidas.²⁰

Así, la familia —en su dimensión objetiva como eje de organización de la vida social y configuradora de las redes sociales de parentesco que proporcionan el sentido de continuidad y permanencia de los migrantes con sus lugares de origen, o en su

¹⁸ El trabajo de parentesco formaría parte del trabajo de *subsistencia*, el cual comprendería el trabajo creador y sustentador de la vida física y el bienestar psicológico (Di Leonardo, citado por Alicea, 1997: 610).

¹⁹ Es interesante hacer notar que, según Duany (*Ibid.*), se trata de una familia definida en sentido amplio, a la que cataloga como un sistema transnacional de vínculos personales con frecuencia organizados alrededor de la madre o alguna figura femenina. Es importante subrayar el papel que desempeñan las mujeres.

²⁰ La independencia económica personal, el logro profesional individual, el progreso material de la familia, el fracaso por la ausencia de una vida conyugal y la reunificación familiar, fueron los cinco tipos de significados encontrados.

dimensión subjetiva como lugar de arraigo y núcleo central en la interpretación de sentido que realizan los migrantes de sus historias personales— constituye una instancia social de vital importancia en el entorno emergente de la transnacionalidad. Dicho contexto introduce tensiones y modificaciones en la vida familiar, algunas de las cuales trataremos de ilustrar a continuación. Los efectos sobre la familia serán evaluados en tres dimensiones principales: la estructura, la dinámica intrafamiliar y el sentido de identidad o pertenencia. En virtud de la novedad de los cambios y debido a la ausencia de investigaciones comparativas, la discusión es sólo exploratoria.

a) Estructura familiar

Una de las claras consecuencias de los procesos de globalización y transnacionalidad sobre la estructura familiar es la tendencia a la fragmentación de las unidades familiares y a la dispersión de los espacios residenciales (Guarnizo, 1997). Producto de la selectividad y asincronía con que tienen lugar los desplazamientos migratorios, la unidad familiar se escinde en varias células diseminadas tanto en el extranjero como en diversas localidades del país de origen, o se integra y fusiona con otras unidades familiares, con lo cual se conforman hogares *multi-nucleares*, que mantienen entre sí un contacto continuo. A pesar de la disociación espacial, estos distintos fragmentos interactúan como una entidad común, que en cierto modo borran las distancias físicas abiertas por la migración. La nueva estructura familiar así conformada vincula varias realidades locales con el entorno internacional y configura lo que ha sido llamado una *familia transnacional multilocal*²¹ (Glick *et al.*, 1992; Guarnizo, 1997).

La tendencia a la fragmentación multiplica los espacios de referencia familiares y residenciales; también, requiere de una considerable inversión humana (de parte de sus integrantes) que logre mantener, en el

²¹ Como es sabido, muchas son las maneras como la migración repercute en la estructura familiar. Así, por ejemplo, la emigración masculina —interna e internacional— promueve la formación de familias con jefatura femenina o matrifocales (o ambas), de familias nucleares incompletas o de hogares extensos, altera el equilibrio del mercado matrimonial y hasta puede modificar la edad media al matrimonio. La variación del tipo de movimientos en función de la duración de la residencia es otro factor que debe tomarse en consideración. Véase, entre otros, Solien de González, 1961; Hugo, 1992; Momsen, 1992; Ariza, De Oliveira y González de la Rocha, 1994; Ariza, 2000.

espacio transterritorial, la integridad del *ethos* familiar. En este contexto es donde se acrecienta la magnitud del llamado “trabajo de parentesco” requerido para preservar los vínculos familiares en las condiciones de excepción impuestas por la migración internacional. Huelga decir que, en este esfuerzo colectivo, las mujeres desempeñan un papel predominante, como indican los resultados arrojados por estudios de corte cualitativo. Al analizar el rol que han tenido las mujeres puertorriqueñas en la construcción de las comunidades transnacionales, Alicea (1997) destaca cómo mediante redes femeninas las mujeres organizan el cuidado de los niños y de los ancianos en ambos países; también conectan las unidades domésticas con las agencias de servicios sociales disponibles en el espacio transnacional.

Paradójicamente —y ésta es una hipótesis de trabajo que surge del análisis de la información disponible—, la tendencia a la fragmentación o desterritorialización del espacio familiar ha tenido como primera respuesta el fortalecimiento de los vínculos familiares en el esfuerzo por elevar al máximo el valor estratégico que representan. Dicho fortalecimiento está en consonancia con la centralidad de la familia en la estructuración de las redes migratorias y con su papel organizador en la vida de los migrantes, como fue señalado con anterioridad.

En ocasiones, el esfuerzo colectivo se encamina incluso a conservar espacios residenciales deshabitados, pero que encierran un alto valor afectivo y simbólico. La familia de Antonia,²² por ejemplo, migró de Durango a Ciudad Juárez en busca de la manera de estar más cerca del padre, quien desde hace tres décadas trabaja seis meses cada año en la agricultura en Texas. Con el traslado pusieron fin a la doble residencia del padre, quien desde entonces viaja diariamente en el lapso del año que le toca trabajar en dicho estado de la Unión Americana. No obstante el tiempo que llevan residiendo en Juárez (16 años), las ventajas relativas de la proximidad con Estados Unidos y las remotas posibilidades de regresar a Durango, la familia de Antonia no ha querido perder la propiedad que allí tiene, situación que obliga a sus integrantes a trasladarse a ese lugar por temporadas para vigilarla y darle mantenimiento.

²² Las entrevistas se realizaron a hombres y mujeres migrantes en la ciudad fronteriza de Juárez en abril de 2000, y forman parte del proyecto de investigación bajo mi coordinación: “La migración femenina urbana en México”, que contó con apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

El alto contenido afectivo y simbólico depositado en la preservación de un espacio de pertenencia en la comunidad de origen, actitud muy generalizada entre los migrantes, expresa parte de las tensiones inherentes al proceso de aculturación y desarraigo (Martínez-San Miguel, 2001). Dicha tensión se manifiesta también en el fuerte costo emocional relacionado con la posibilidad de una ruptura total, así como en el apego a la eventualidad del retorno en el imaginario de los migrantes, aunque éste no sea más que un espejismo (Espinosa, 1998). En principio, la tendencia a la fragmentación y multiplicación de las unidades familiares, así como la de los espacios residenciales propia del contexto transnacional, abre la posibilidad para conservar indefinidamente determinadas señas de pertenencia en el país de origen.

Este aspecto llama la atención acerca del papel que desempeña el lugar de arraigo en la representación social de los migrantes sobre sí mismos. Duany (1994) repara en la recurrente escisión en el referente espacial entre un *aquí* y un *allá* que realizan los inmigrantes dominicanos en Nueva York al hacerles preguntas acerca de su identidad. El *aquí* se percibe como necesariamente transitorio; el *allá* como el verdadero lugar de pertenencia. Otros estudios puntualizan que la idealización del país o el lugar de origen cumple la función simbólica de anclaje para una comunidad que se sabe dispersa; en dicha idealización, además, se desdibujan ilusoriamente las jerarquías sociales (Alicea, 1997).

El momento o etapa de la vida en que ocurra la migración, el modo como han tenido lugar el desarraigo y la incorporación a la sociedad receptora, la manera como la experiencia migratoria haya modificado el curso de vida de quienes la vivencian (Ariza, 2000), la clase o el sector social de pertenencia (o ambos), la adscripción de género y las posibilidades reales de integración y movilidad en la sociedad receptora, son factores que naturalmente habrán de repercutir en el sentido que estos procesos adquieran. Así, por ejemplo, es posible que la intensidad de los vínculos transterritoriales disminuya a medida que se afianza el establecimiento, y la segunda o tercera generación pierden el sentido de doble pertenencia (Mahler, 1992); o que —como lo muestran algunas investigaciones sobre la migración de retorno— las tensiones que la doble residencia y la doble socialización acarrearán, terminen por erosionar la fuerza o disponibilidad del capital

social familiar, o ambos (Guarnizo, 1995).²³ Este aspecto deja al descubierto la cara oscura de la transnacionalización en la vida familiar: la posibilidad de profundizar la fragmentación hasta pulverizar los lazos familiares.

b) Dinámica intrafamiliar

El ámbito de las relaciones intrafamiliares constituye uno de los más notoriamente afectados por las tensiones que ocasiona la participación, vía la migración, en un espacio social globalizado. Dichas tensiones aparecen claramente en las *relaciones intrafamiliares de poder*, mediante sus dos ejes de articulación: el *género* y la *generación*.

Es abundante la bibliografía que documenta el efecto diferencial que tiene la migración sobre el equilibrio de las relaciones intergeneracionales de poder, mediante la incorporación de la mujer a la actividad extradoméstica remunerada (Foner, 1976, Bloch, 1976; Pessar, 1984; Pessar, 1985; Guendelman y Pérez-Itriago, 1987; Grasmuck y Pessar, 1991; Pedraza, 1991; Hondagneu-Sotelo, 1994). De manera general, la investigación disponible ha mostrado que la experiencia migratoria (en especial la internacional) propicia una mayor participación de ésta en la escena pública, estimula el desempeño de actividades que en ocasiones atraviesan las fronteras de las definiciones de “rol”. Así, llegan a alterarse, en un sentido más igualitario, esferas tradicionales de relación como la administración del gasto familiar (Pessar, 1985; Gramusck y Pessar, 1991). En la hipótesis de Hondagneu-Sotelo (1994), es el cambio en la vinculación de la familia con el contexto comunitario y las redes que lo integran (implícito en la relocalización y arraigo en la sociedad receptora) lo que desencadena la serie de procesos que modifican la aritmética de la política familiar en provecho de la mujer.²⁴

²³ En los casos que analiza de migración de retorno entre dominicanos, Guarnizo encuentra que, en ocasiones —después de haber brindado apoyo reiteradamente a sus parientes residentes en Estados Unidos— los familiares de dichos migrantes en Santo Domingo no estaban dispuestos a seguir alojando a los menores que habían sido enviados para su reeducación por problemas de conducta social.

²⁴ Con frecuencia, la migración internacional acarrea una restricción parcial de la movilidad y el radio de acción masculinos, la pérdida de espacios públicos de actualización y de cierto nivel de estatus, fuera y dentro de la familia. En el caso de las mujeres, por lo contrario, la inserción en el trabajo extradoméstico, la vivencia en un entorno cultural menos segregado genéricamente —como el norteamericano, por ejemplo—, la ampliación de la movilidad y el hecho de convertirse en receptoras de

El sentido de las transformaciones mencionadas puede variar según un conjunto de factores,²⁵ sin excluir consecuencias francamente regresivas en el grado de inequidad relativa de las relaciones de género (Pedraza, 1991; Ariza, 2000). Así, por ejemplo, Brettel y De Berjeois (1992) señalan que entre las inmigrantes haitianas al Reino Unido la ampliación de la esfera pública no acarreó mejoría alguna en el equilibrio de poderes en el ámbito doméstico sino, por lo contrario, la profundización de la doble jornada.

Muchas de las secuelas positivas de la experiencia migratoria sobre las posibilidades de empoderamiento femenino se hacen descansar en la ampliación de los espacios de interacción que ocasiona *vis-à-vis* la experiencia masculina, así como en el acceso al trabajo extradoméstico remunerado. Es interesante reparar en las inquietudes que suscita en algunos hombres migrantes la posibilidad de que sus mujeres trabajen fuera del hogar. Perciben en la mayor independencia que ellas alcanzarían una clara amenaza para el control que ejercen, como lo atestiguan de manera fehaciente las siguientes palabras de Anselmo, inmigrante de Tamaulipas en Ciudad Juárez, quien entre sus muchas actividades cuenta la de *pollero*:²⁶

[...] trabajando, ellas [...] se creen, se realzan ellas, que dicen: "Yo estoy ganando mi dinero, yo gasto mi dinero y aquí no hay ni quien me diga nada". Ésa es la diferencia que hay [...] a mi modo de pensar yo. Así es. Si ella trabajara [refiriéndose a su esposa], dijera: "Yo voy a gastar mi dinero. ¿Por qué? Porque es mío. Aquí no hay quien me lo quite: yo lo gano con mi sudor y a ti no te pido nada [...]".

Para Anselmo, el peligro no radica sólo en el cuestionamiento planteado a su autoridad que la mayor independencia de la esposa ocasiona, sino en el riesgo del abandono y la infidelidad, como más adelante afirma:

parte del ingreso familiar, estimulan la competencia y la autonomía. Ambos aspectos entrañan un cambio en el equilibrio relativo de recursos que favorece un papel más activo de las mujeres en la toma de decisiones (Pessar, 1985; Hondagneu-Sotelo, 1994; Ariza, 2000).

²⁵ Así, el tipo de migración (familiar, individual, por etapas), los contextos preemigratorio y posmigratorio, la etapa de la vida en que acontezca, el sector social de procedencia, los mayores o menores recursos (capital humano y social) de quien migra, así como el tipo de actividad laboral que desempeñe en el contexto de residencia, pueden modificar el sentido que adquieren.

²⁶ Se llama "pollero" a los individuos que cobran dinero por cruzar a las personas a través de la frontera entre México y Estados Unidos.

[...] en el ejido, cuando las mujeres salían a trabajar, las personas se burlaban [de los hombres]. Sí, porque decían: Que, mira, que ya se fue con otro; que, mira, que te dejó [...]. Y sí hubo casos ansino que [no toda la gente] pero como dos, tres mujeres, se separaron por cuestiones de eso [...], porque ellas encontraban a otro, que [...] les ofrece: “¿Sabes qué? Yo tengo más dinero y te doy más probabilidades de vivir”. Y órale [...] porque ya saliéndose la mujer del hogar, en esas cuestiones ya se perdió todo [...].

Vale la pena introducir aquí una nota de cautela metodológica que nos prevenga de incurrir en una apreciación ingenua sobre las potencialidades emancipadoras del trabajo extradoméstico sobre la condición femenina, como fue moneda común en las primeras formulaciones de los estudios feministas (De Oliveira y Ariza, 1999). Se requiere de un análisis contextualizado que pondere los distintos aspectos que intervienen, así como de recursos metodológicos idóneos que permitan aislar temporalmente lo que obedece en sí a la migración de otros factores concomitantes, si esto es posible (Morokvásic, 1983; Morokvásic, 1984; Pedraza, 1991; Tienda y Booth, 1991; Ariza, 2000).

La aceptación de un esquema de relaciones más igualitario en el manejo de los recursos económicos familiares y una mayor coparticipación en las tareas domésticas —las dos ganancias más referidas en los estudios sobre el tema— suponen un proceso de adecuación de la familia migrante al entorno sociocultural de recepción, una suerte de acercamiento a sus patrones de relación que puede ser francamente de adaptación antes que de transformación genuina. Es quizá la experiencia de vivir en el vértice de dos culturas, de moverse de manera ambivalente en el cruce de ambas en un espacio transnacional, lo que explica el frecuente reacomodo hacia atrás de las relaciones de género una vez que se produce la migración de retorno (Guendelman y Pérez-Iriago, 1987; Guarnizo, 1995), como también la consabida resistencia de muchas mujeres a emprenderlo²⁷ (Gregorio Gil, 1995; Hondagneu-Sotelo, 1994; Guarnizo, 1995; Espinosa, 1998; Mahler, 1998).

²⁷ En su investigación sobre el efecto que tiene la migración transnacional en una comunidad del norte de El Salvador, Mahler (1998) no deja de asombrarse por la fuerte disparidad que hay en la disposición al retorno entre hombres y mujeres migrantes. Es interesante aquí introducir la apreciación que sobre esta discrepancia tiene Paco, hijo de migrantes transnacionales mexicanos que viven en California y provienen de Los Altos de Jalisco, según lo refiere Espinosa (1998: 280) en su

La vivencia de la translocalidad, el esfuerzo por mantener el vínculo familiar aun en condiciones de no coresidencia, bien puede tensar los hilos de las relaciones de género al punto de romperlos. Así aconteció al menos en algunas de las experiencias de las migrantes dominicanas a España, las que —enfrentadas con la dilapidación por parte de sus maridos (quienes llegan incluso a establecer familias paralelas) de los recursos que envían— se han visto forzadas a disolver el vínculo conyugal y desplegar estrategias para trasladar a las hijas con ellas como trabajadoras potenciales. El resto de los menores es reubicado en el seno de la familia extensa, no sin antes atravesar una fuerte etapa de conflictividad (Gregorio Gil, 1995).²⁸

Al parecer, una consecuencia inesperada de las condiciones que impone el contexto transnacional a la vida familiar, es el replanteamiento de algunos de sus roles: su resignificación para dar cabida a nuevas definiciones. Las prolongadas separaciones físicas de sus hijos —que se ven obligadas a realizar las migrantes trabajadoras de origen latino en Estados Unidos— han terminado por expandir el sentido tradicional de “maternidad” que comparten, muy vinculado con el apoyo moral y afectivo, para dar cabida también al rol de proveedora material (Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997).²⁹

Desconocemos de qué otra manera la intensificación de los procesos migratorios que estimula la globalización (Glick *et al.*, 1992; Guarnizo, 1997), la tendencia a la fragmentación o dispersión de las unidades familiares y las tensiones que introduce en el entorno familiar, afecten

investigación sobre el tema: “[...] la razón fundamental por la que Quico [padre del entrevistado] viaja tanto a México y por la que quiere regresar a San José es porque ‘Siente que en [Los Ángeles] no vale nada y en [Estados Unidos] no puede ser el hombre de la casa, porque la verdad es que nosotros hemos progresado por mi mamá [...]’”.

²⁸ La migración de dominicanos a Europa, particularmente a España, posee características distintivas respecto del flujo que se dirige a Estados Unidos, localizado en su mayoría en la ciudad de Nueva York. La migración a Europa, de más reciente data, es abrumadoramente femenina y proviene de las regiones más depauperadas del país, en especial de la región suroeste. El servicio doméstico y la prostitución son las dos actividades en las que el mercado de trabajo español integra a las mujeres dominicanas, que por lo demás viven en condiciones de franca segregación. Una estimación aproximada del número de inmigrantes dominicanos en ese país arrojaba en 1995 la cifra de 25 000 personas (Piña-Contreras, 1995).

²⁹ Se ha acuñado así el concepto de “maternidad transnacional” para referirse a los circuitos de afecto, cuidado y apoyo económico entre madres e hijos que viven allende las fronteras nacionales (Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997).

las relaciones intergeneracionales en el seno de la familia. Partiendo del supuesto de que el proceso en curso se inscribe en el contexto de las fuertes asimetrías sociales preexistentes y que plantea condiciones distintas (en ocasiones, adversas para el desarrollo de la vida familiar), es factible esperar el trastocamiento de los roles familiares y la distribución interna de poder, sin que pueda anticiparse el sentido que adquirirán.

En el eje de las relaciones generacionales, dos son los problemas más acuciantes que enfrentan las familias transnacionales en la actualidad: 1) la socialización en un entorno cultural dual, sociedad de origen y de destino, crea tensiones entre los marcos de referencia valóricos de padres e hijos;³⁰ 2) la dispersión espacial del hogar —sobre todo en los casos en que la mujer es la que emigra— encierra condiciones de vulnerabilidad para los menores que permanecen en el país de origen. La tensión entre los contenidos valóricos de padres e hijos se manifiesta, entre otros elementos, en un cuestionamiento al patrón de autoridad tradicional que los padres perciben como pérdida del control sobre sus hijos. Pese a que la interconectividad de la sociedad transnacional y la continua movilidad intersocietal deberían hacer posible una mirada bifocal (una vivencia en cierto modo simultánea, flexible, que posibilite a los migrantes integrarse satisfactoriamente en ambas sociedades), la ambivalencia implícita en el contexto dual no se resuelve siempre de manera armónica. Esta ambigüedad, como veremos en el siguiente apartado, es uno de los rasgos centrales de la identidad de los migrantes transnacionales (Duany, 1994).³¹ Si ante los ojos de los padres el conflicto se vuelve inmanejable, éstos optan con frecuencia por cortar de tajo la vivencia en el país de inmigración, y envían al menor de

³⁰ Ya los clásicos estudios de Thomas y Znaniecki (1996) resaltaban años atrás los conflictos intrafamiliares que enfrentaban los inmigrantes polacos a Estados Unidos a principios del siglo xx, cuando los hijos de la segunda generación empezaban su proceso de asimilación a la cultura norteamericana.

³¹ Naturalmente, el modo como esta experiencia se condensa se ve afectado por un sinnúmero de factores en los que por razones de espacio no podemos abundar. En el grado de “desviación social” efectivo en que a ojos de los padres los hijos puedan incurrir —que en sus extremos puede abarcar el consumo de estupefacientes o acciones francamente delictivas—, influye la medida en que el entorno de residencia cuente con redes familiares suficientes para asegurar la inducción de los valores deseados, el grado en que la interacción del menor se realiza dentro o fuera del grupo étnico de referencia, o las restricciones que el tipo de actividad laboral de los padres impone a la convivencia con los menores, entre otros muchos aspectos (Espinosa, 1998).

vuelta al seno del lugar de origen —aun en contra de su voluntad—, con la esperanza de lograr así el acatamiento de las normas tradicionales.

En lo que atañe al potencial de vulnerabilidad para el bienestar de los menores en familias en las que la dispersión espacial se manifiesta en la ausencia de la madre del hogar, se han detectado efectos regresivos sobre el proceso enseñanza-aprendizaje de los menores y las oportunidades de crecimiento y desarrollo personal en contextos socioeconómicos bajos. El estudio realizado por Gregorio Gil (1995) entre las comunidades de emigración de las dominicanas que trabajan en Madrid, ya citado, documenta problemas de deserción escolar, embarazo adolescente, así como de sobrecarga de tareas domésticas en las hijas de mujeres migrantes. La ausencia de la madre parece tener un efecto desestabilizador más fuerte sobre la familia que la ausencia del padre, pues —en contraste con lo que acontece en la dinámica intrafamiliar en los casos de emigración masculina— ellos no asumen los roles domésticos, sino que delegan en otros parientes el cuidado y la atención de los hijos (Gregorio Gil, 1995).

c) Sentidos, identidades y pertenencias

En el complejo y elusivo mundo de la subjetividad individual, cabe resaltar dos aspectos en los que se reconoce el impacto de la experiencia transnacional en las familias: 1) la tensión entre los procesos de asimilación y pertenencia; 2) la heterogeneidad cada vez mayor de las identidades.

A medida que el proceso de vivencia (alterna o simultánea) en los dos contextos de referencia se prolonga —con lo cual se aleja la factibilidad del retorno—, los migrantes se ven obligados a encontrar soluciones de compromiso, de negociación de símbolos culturales que les permitan hacer más llevadera su situación. Como muchas investigaciones han mostrado en las últimas décadas, en las condiciones actuales la posibilidad de asimilación cultural plena de los migrantes laborales es irreal, al menos en los de la primera generación (Portes y Boróez, 1989). La situación más frecuente es, por lo contrario, que éstos manipulen creativamente los símbolos culturales de pertenencia étnica y logren un nicho de identidad propio en el contexto de inmigración, pero que a la vez incorporen aspectos de la cultura del país de destino: una suerte de híbrido cultural. El proceso no deja de encerrar dosis variables de tensión y conflictividad, sobre todo en lo que concierne a la transmisión intergeneracional de los valores y al esfuerzo por

conservarlos intactos (“puros”) a lo largo del tiempo. Dichos valores culturales se esgrimen como expresión de una pertenencia cultural irrenunciable, y se jerarquizan de acuerdo con su centralidad para lo que constituye el núcleo de la identidad nacional. Así, por ejemplo, a los ojos de varias generaciones de migrantes mexicanos, la adopción de determinadas pautas culturales —como el individualismo competitivo de la cultura anglosajona— puede representar una renuncia imperdonable a los valores tradicionales de la solidaridad familiar, de alta valía en la cultura mexicana, según lo demuestra el estudio antropológico de Espinosa (1998), centrado en una familia transnacional de tapatíos en California.

De acuerdo con Malkin (1999), precisamente es la familia uno de los ejes que estructuran la identidad de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos. En su afán por diferenciarse de otros grupos étnicos (en especial de los dominicanos y los puertorriqueños), los mexicanos se apoyan en la familia como valor social en un intento por producir una imagen de unidad a partir de ella. No obstante, las más de las veces se trata de un tipo de identidad cultural *reactiva* —como sucede con los dominicanos en Nueva York— que en el contexto de recepción afianza la dominicanidad y, en el de origen, la americanidad; una identidad *adaptativa* y transformada a la vez. (Guarnizo, 1995).

Tal y como lo muestra Duany (1994), la dualidad y la ambivalencia suelen ser la nota distintiva de la identidad transnacional de los dominicanos en Washington Heights;³² dualidad y escisión entre lo inmediato y lo remoto, el aquí y el allá, el pasado y el presente.³³ A pesar del tiempo de residencia en Estados Unidos, el esfuerzo por lograr la integración y la adquisición de ciertos rasgos culturales de la sociedad norteamericana, el país de origen continúa siendo el principal referente cultural de la identidad de los dominicanos en Nueva York, quienes tienden a idealizarlo románticamente.

³² Para este autor, la ambivalencia se expresa en la contradicción entre el deseo de preservar la autenticidad de los valores dominicanos y un fuerte deseo de movilidad social que sólo parece realizable mediante la migración.

³³ La percepción de esta escisión en la representación de la identidad personal es, por lo demás, un factor común en el relato vivencial de cualquier migrante, interno o internacional; asimismo, constituye un reconocimiento subjetivo al potencial de esta transición para constituir un factor de cambio en los itinerarios de vida (véase Ariza, 2000).

Es importante destacar que los procesos de formación de identidad de los inmigrantes están afectados por las posibilidades objetivas de integración social en la sociedad receptora. Dichas posibilidades pueden ser diferenciales, según el grupo étnico de que se trate y el contexto socioeconómico prevaleciente, entre otros factores. Así, por ejemplo, los rasgos fenotípicos de las primeras oleadas de inmigrantes europeos a Estados Unidos, aunados a las posibilidades de inserción en trabajos bien pagados en el sector industrial entonces existentes, facilitaron el proceso de movilidad social y asimilación de los inmigrantes a la sociedad norteamericana (Portes y Zhou, 1993; Duany, 1994).

En cierto modo, la formación de una identidad reactiva, de una subjetividad culturalmente marginada, es una respuesta defensiva ante las dificultades de integración social y la presión hacia la segregación (Martínez-San Miguel, 2001). En el contexto cambiante de la transnacionalidad, la formación de una identidad étnica se convierte en una opción estratégica, manipulable en función de los intereses personales (Duany, 1994), la cual se encamina a obtener el mejor posicionamiento posible en el juego de fuerzas abierto por la globalización.

Al poner y contraponer identidades étnicas diversas en un entorno atravesado por la segregación, la experiencia transnacional da lugar a un caleidoscopio de posibilidades inédito para la heterogeneidad cultural. En este contexto, los migrantes seleccionan los rasgos de diferenciación mediante los cuales se afirman, conformando un mosaico cultural particular. Es frecuente, así, por ejemplo, que los inmigrantes dominicanos de la segunda generación exhiban rasgos claramente sincréticos al incorporar modalidades culturales afroamericanas en la manera de vestir o hablar y en las preferencias musicales, a la vez que marcan una distancia con el resto de la comunidad dominicana y los demás grupos étnicos minoritarios (Duany, 1994). Una visible manifestación de este repertorio ampliado de referentes de identidad —así como del carácter estratégico que encierra— se halla en el afán de muchos jóvenes que participan en circuitos transnacionales de demostrar en sus contextos familiares y locales su condición de doble pertenencia, *de ser y no ser*, mediante la exhibición de señas de identidad que claramente los distinguen (atuendos particulares, cortes de pelo característicos); o de la flagrante ostentación del bienestar alcanzado gracias a haber emprendido la aventura de la migración. Hacen gala de la utilización de símbolos que en el nivel local representan una clara

alusión al carácter híbrido de su pertenencia cultural (Mahler, 1998; Guarnizo, 1995; Guarnizo, 1997; Itzigsolm *et al.*, 1999).

IV. GLOBALIZACIÓN, FAMILIA Y TRANSLOCALIDAD: INQUIETUDES Y DESAFÍOS. A MODO DE CONCLUSIÓN

La dinámica globalizadora en curso tiene en el dinamismo cada vez mayor de las migraciones internacionales uno de sus rostros más evidentes. Estas migraciones responden parcialmente a los cambios ocurridos en el ámbito económico en términos de una acentuada polarización en la distribución de los ingresos y las ocupaciones, y a la mayor dependencia de mano de obra barata y poco calificada—inmigrante—en algunos de los sectores económicos relanzados por el proceso de reestructuración.

Como hemos visto, la celeridad y el renovado impulso adquiridos por los flujos laborales internacionales—además de otros rasgos distintivos de este proceso de cambio social (revolución mediática y tecnológica)—han terminado por conformar un campo de interacción social *sui generis*, definido por el conjunto de vínculos sociales transterritoriales que los migrantes son capaces de enlazar y compartir para su propio beneficio y el de sus comunidades. Este campo de interacción social constituye también una respuesta grupal activa de los migrantes frente a las persistentes tendencias hacia la exclusión y segregación social características del entorno globalizador. Las migraciones laborales contribuyen y son parte de dicha nueva realidad transnacional, tanto en el plano macrosocial como en el familiar e individual. El interés de este trabajo ha sido rastrear sus consecuencias en la esfera más próxima del mundo familiar. Para concluir, retomamos en este último apartado algunas reflexiones que se desprenden de la discusión.

Son muchas las inquietudes y desafíos que tal campo de investigación emergente suscita en quienes se interesan por las repercusiones que producen la migración laboral y los procesos de globalización en la vida familiar. Algunas de estas inquietudes refieren a la manera como la presión hacia la integración y la fusión económicas inherentes a la globalización, *vis-à-vis* la tendencia a la fragmentación y a la dispersión cultural que también la caracterizan (Touraine, 1996), afectan la dinámica familiar. La familia recibe el embate de tales sacudidas por más de una vía. En su *dimensión económica*, como unidad colectiva de

generación y uso de recursos, despliega estrategias de inserción en el mercado de trabajo (entre las cuales figura la migración), en las que se ve directamente afectada por la reorganización de la actividad económica. Desde este ángulo de lectura, obtenemos una visión del modo como actúa la fuerza hacia la integración; “integración económica”, se entiende.

Sin embargo, en su *dimensión sociocultural y simbólica*, la familia sufre también la presión hacia la disolución de su cualidad identitaria, la fragmentación y heterogeneidad cada vez mayores de sus referentes culturales; dicho ángulo nos proporciona entonces una medida de la tendencia a la dispersión. La dimensión identitaria del mundo familiar recoge el impulso a la disociación de la experiencia; a la escisión entre el mundo objetivado y el espacio de la subjetividad, entre el ámbito instrumental y el de la cultura, inherente a la globalización (Touraine, 1996). La experiencia de los migrantes transnacionales aparece disociada en la medida en que el ámbito en el que llevan a cabo su reproducción material no coincide y está inevitablemente separado de aquel en el que se reconocen y son reconocidos como sujetos sociales, en el que encuentran sus coordenadas de referencia cultural (Touraine, 1996).³⁴ Hemos resaltado la manera como estas fuerzas contrarias tensan la dinámica interna de las familias y ponen a prueba su capacidad para responder al entorno globalizador, sin perder su condición estructuradora.

Ha quedado en evidencia, entre otros elementos, el carácter contradictorio de la migración y la globalización sobre el mundo familiar. Sus repercusiones fluctúan desde el fortalecimiento inicial de los vínculos familiares como mecanismo para enfrentar la contingencia abierta por la migración, hasta la erosión del capital social que representan por efecto de la continua exigencia sin retornos de utilidad suficientes; desde la resignificación de roles familiares centrales como la maternidad, hasta la multiplicación del trabajo de parentesco desempeñado por algunos miembros de la familia y el recrudescimiento de las asimetrías de género.

³⁴ Según lo destaca Touraine (*Ibid.*: 14), una de las consecuencias de este impulso disociador ha sido la reprivatización de la vida pública, la vuelta a la comunidad y el fortalecimiento de los vínculos primarios. Se trata de una respuesta defensiva ante el desafío que supone la irrupción del mundo global en las vidas cotidianas.

¿Cuáles otras consecuencias son previsibles en el mediano plazo? ¿Cómo afectará la migración laboral otros aspectos de la institución familiar? ¿Son ellas tendencias reversibles? Al igual que éstos, son muchos los interrogantes que habrá que responder en los años venideros. Todo campo de investigación naciente ha de salvar muchos escollos teóricos y metodológicos de cara a su consolidación. No obstante, de la discusión sostenida sobresalen algunos aspectos analíticamente clave. Primero, no debe olvidarse que las grandes carencias y la falta de integración social constituyen el marco que da pie al desarrollo de los vínculos transnacionales. No se trata de una promisoriosa y floreciente salida para los miles de migrantes embarcados en ella, sino de una de las vías que han encontrado para responder a las fuerzas contradictorias de la globalización, a la permanencia de la frontera política como eje de diferenciación de la fuerza de trabajo, y a las condiciones de exclusión parcial en que se desenvuelven sus vidas en el entorno de recepción. Esta advertencia nos previene de caer en valoraciones ingenuas acerca de los sentidos del proceso en curso.

En segundo lugar, la transnacionalización es un proceso genéricamente mediado, heterogéneo y diverso, en el que es necesario recuperar en igualdad de estatus los distintos niveles de análisis (de la agencia humana, la localidad, la región, la nación y la globalidad) (Guarnizo y Smith, 1998). A pesar de que el condicionamiento de género de los procesos sociales es un hecho ampliamente admitido en la actualidad, pocos son los estudios sobre tal tema que recuperan dicha dimensión de la desigualdad social, como amargamente advierten algunas autoras (Hondagneu-Sotelo y Avila, 1997; Alicea, 1997).

Por último, es un proceso condicionado por las fuertes asimetrías sociales preexistentes, con amplia capacidad para reafirmarlas o modificarlas (o ambas) (Mahler, 1992). En el ámbito específico de la dinámica familiar, el cruce generacional (de una o más generaciones) parece tener una importancia estratégica para comprender el sentido que estas transformaciones adquieren. En él, además, uno de los terrenos que mayor complejidad plantea al analista es la tensión entre los procesos de asimilación y diferencia, integración o pertenencia étnica. Creemos que, en el mediano plazo, los aspectos mencionados habrán de arrojar luz sobre la particular relación entre la dinámica migratoria y el mundo familiar en contextos, como el presente, de acelerado cambio social.

BIBLIOGRAFÍA

- Alicea, Marixsa, 1997, "A Chambered Nautilus': The Contradictory Nature of Puerto Rican Women's Role in the Social Construction of a Transnational Community", *Gender & Society*, vol. 11, núm. 5, pp. 597-626.
- Anderson, Benedict, 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ariza, Marina, 2000, *Ya no soy la que dejé atrás... mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Plaza y Valdés.
- Ariza, Marina, O. de Oliveira y M. González de la Rocha, 1994, "Características, estrategias y dinámicas familiares en México, Centroamérica y el Caribe", México, mimeografiado.
- Arizpe, Lourdes, 1980, "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado", *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos*, núm. 28, México, El Colegio de México.
- Bach, R. y L. A. Schramel, 1982, "Migration, Crisis and Theoretical Conflict", *International Migration Review*, 16 (2), pp. 320-341.
- Bloch, Harriet, 1976, "Changing Domestic Roles among Polish Immigrant Women", *Anthropological Quarterly*, 49, pp. 3-10.
- Bresserer, Federico, 1999, "Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional", en Gail Mummert (comp.), *Fronteras fragmentadas*, El Colegio de Michoacán, Centro de Investigación del Desarrollo Económico de Michoacán (CIDEM), pp. 215-238.
- Brettell, C. y P. de Berjeois, 1992, "Anthropology and the Study of the Immigrant Women", en Donna Gabbacia (comp.), *Seeking Common Ground. Multidisciplinary Studies of Immigrant Women in the United States*, Connecticut, Greenwood Press, pp. 41-64.
- Canales, Alejandro Y. y Christian Zlolniski, 2001, "Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización", *Notas de Población*, año XXVIII, núm. 73, pp. 221-252, Santiago de Chile.

- Delaunay, Daniel y Françoise Lestage, 1998, "Hogares y fratrias mexicanas en Estados Unidos: varias historias de vida, una historia de familia", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 13, núm. 3, pp. 609-655.
- Di Leonardo, Micaela, 1992, "The Female World of Cards and Holidays: Women, Families, and the Work of Kinship", en Thorne Barrie y M. Yalom, *Rethinking the Family: Some Feminist Questions*, Boston, Northeastern University Press.
- Duany, Jorge, 1994, *Quisqueya on the Hudson: The Transnational Identity of Dominicans in Washington Heights*, Nueva York, The City University of New York Dominican Studies Institute.
- Espinosa, Víctor M., 1998, *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*, Morelia, Michoacán, El Colegio de Michoacán/El Colegio de Jalisco.
- Faist, Thomas, 2000, *The Volume and Dynamics of International Migration and Transnational Social Spaces*, Oxford, Oxford University Press.
- Foner, Nancy, 1976, "Male and Female: Jamaican Migrants in London", *Anthropological Quarterly*, 49, pp. 28-35.
- Friedman, John, 1986, "The World City Hypothesis (Editor's Introduction)", *Development and Change*, vol. 17, núm. 1, enero, pp. 69-83.
- Giménez, Gilberto, 1997, "Materiales para una teoría de las identidades sociales", *Frontera Norte*, vol. 9, núm. 18, México, pp. 9-28.
- Glick Schiller, Nina L. Basch y C. Blanc-Szanton, 1992, *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, New York Academy of Sciences.
- Grasmuck, Sherri y Patricia Pessar, 1991, *Between Two Islands: Dominican International Migration*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press.
- Gregorio Gil, Carmen, 1995, "La migración rural dominicana a España y su impacto en el sistema de estratificación de género. Problemas de género, migración y desarrollo", *Género y Sociedad*, vol. 3, núm. 1, pp. 67-94.

- Guarnizo, Luis Eduardo, 1995, "Regresando a casa: clase, género y transformación del hogar entre migrantes dominicanos/as retornados/as", *Género y Sociedad*, vol. 2, núm. 3, enero-abril, pp. 53-127, Santo Domingo.
- Guarnizo, Luis Eduardo, 1997, "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration Among Dominican Transmigrants", *Identities*, vol. 42, núm. 2, pp. 281-322.
- Guarnizo, Luis Eduardo, 1998, "The Rise of Transnational Social Formations: Mexican and Dominican State Responses to Transnational Migration", *Political Power and Social Theory*, vol. 12, pp. 45-95.
- Guarnizo, Luis Eduardo y Michael Peter Smith, 1998, "The Locations of Transnationalism", en Michael Peter Smith y Luis Eduardo Guarnizo, *Transnationalism from Below*, New Jersey, Transaction Publishers, pp. 3-34.
- Guendelman, S. y A. Pérez-Itriago, 1987, "Double Lives: The Changing Roles of Women in Seasonal Migration", *Women's Studies*, vol. 12, pp. 249-271.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette, 1994, *Gendered Transitions: The Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California, California Press.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette y E. Avila, 1997, "'I'm here, but I'm there': The Meanings of Latina Transnational Motherhood", *Gender & Society*, vol. 11, núm. 5, pp. 548-571.
- Howes, Candace y Ajit Singh, 1995, "Long-term Trends in the World Economy: The Gender Dimension", *World Development*, vol. 23, núm. 1, volumen especial, noviembre, pp. 1895-1911.
- Hugo, Graeme, 1992, "Women on the Move: Changing Patterns of Population Movement of Women in Indonesia", en S. Chant (comp.), *Gender and Migration in Developing Countries*, Londres, Behalven Press, pp. 174-196.
- Itzigsohn, José, Carlos Dore Cabral, Esther Hernández Medina y Obed Vázquez, 1999, "Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, núm. 2, pp. 316-339.

- Kearney, M., 1995, "The Local and Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, núm. 1, pp. 547-565.
- Kivisto, Peter, 2001, "Theorizing Transnational Immigration: A Critical Review of Current Efforts", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 24, núm. 4, julio, pp. 549-577.
- Kollock, Peter (1994), "The Emergence of Exchange Structures: An Experimental Study of Uncertainty, Commitment, and Trust", *American Journal of Sociology*, 100, septiembre, pp. 313-345.
- Mahler, Sarah, 1992, "Theoretical and Empirical Contributions Toward a Research Agenda for Transnationalism", *American Behavioral Scientist*, vol. 42, pp. 64-100.
- Mahler, Sarah, 1998, "Engendering Transnational Migration", *American Behavioral Scientist*, vol. 42, núm. 4, pp. 690-719.
- Malkin, Victoria, 1999, "La reproducción de relaciones en la comunidad de migrantes mexicanos en New Rochelle, Nueva York", en Gail Mummert (comp.), *Fronteras fragmentadas*, El Colegio de Michoacán-Centro de Investigación del Desarrollo Económico de Michoacán (CIDEM), pp. 475-496.
- Martínez-San Miguel, Yolanda, 2001, "Nueva York es otra isla o los relatos de una caribeñidad a la intemperie", ponencia presentada en la Reunión Anual de la Latin American Studies Association, LASA, Washington, D. C., 6-8 de septiembre.
- Momsen, Janet H., 1992, "Gender Selectivity in Caribbean Migration", en S. Chant (comp.), *Gender and Migration in Developing Countries*, Londres, Behalven Press, pp. 73-92.
- Morokvásic, Mirnaja, 1983, "Women in Migration: Beyond the Reductionist Outlook", en Annie Phizacklea, *One Way Ticket. Migration and Female Labour*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 13-31.
- Morokvásic, Mirnaja, 1984, "Birds of Passage are also Women...", *International Migration Review*, vol. XVIII, núm. 4, invierno.

- Oliveira, Orlandina de, 2000, "Hogares y familias en contextos de crisis, ajuste y reestructuración económica", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)/Social Science Research Council, San José, Costa Rica, mimeografiado.
- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza, 1999, "Trabajo, familia y condición femenina: una revisión de las principales perspectivas de análisis", *Papeles de Población*, año 5, núm. 20, abril-junio, pp. 89-128, México.
- Pedraza, Silvia, 1991, "Women and Migration: The Social Consequences of Gender", *Annual Review of Sociology*, vol. 17, pp. 303-325.
- Pérez Sáinz, J. P., 2000, "Labour Market Transformation in Latin America during the 90's. Some Analytical Remarks", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)/Social Science Research Council, San José, Costa Rica, mimeografiado.
- Pessar, Patricia, 1984, "The Linkage Between the Household and Workplace of Dominican Women in the U. S.", *International Migration Review*, vol. XVIII, núm. 4, pp. 1188-1221.
- Pessar, Patricia, 1985, "The Role of Gender in Dominican Settlement in the United States", en J. Nasha y Helen Safa, *Women and Change in Latin America*, Nueva York, Bergin & Garvey Publishers, Inc., pp. 273-294.
- Pessar, Patricia, 1998, "Engendering Migration Studies", *American Behavioral Scientist*, vol. 42, núm. 4, pp. 577-600.
- Piña-Contreras, Guillermo, 1995, "Dominicanos en España: la tragedia de una inmigración", *Rumbo*, año II, núm. 94, pp. 8-22.
- Popkin, Eric, S. Lawrence y K. Andrade-Eekhoff, 2001, "The Construction of Household Labor Market Strategies in Central American Transnational Migrant Communities", Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), El Salvador, mimeografiado.
- Portes, Alejandro, 1993, "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action", *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm. 6, pp. 1320-1350.

- Portes, Alejandro, 1996, "Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World-System", en Roberto Patricio Korzeniewicz y William C. Smith (comps.), *Latin America in the World-Economy*, Londres, Greenwood Press, pp. 151-168.
- Portes, Alejandro, 1999, "Conclusion: Towards a New World—The Origins and Effects of Transnational Activities", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, núm. 2, pp. 463-477.
- Portes, Alejandro y John Walton, 1981, *Labor, Class and the International System*, Nueva York, Academic Press.
- Portes, Alejandro y József Boróez, 1989, "Contemporary Immigration: Theoretical Perspectives on its Determinants and Modes of Incorporation", *International Migration Review*, vol. XXIII, núm. 3, otoño, pp. 606-630.
- Portes, Alejandro y Min Zhou, 1993, "The New Second Generation: Segmented Assimilation and its Variants among Post-1965 Immigrant Youth", Russell Sage Foundation, *Working Paper*, núm. 34.
- Roberts, Bryan R., Reanne Frank y Fernando Lozano-Ascencio, 1999, "Transnational Migrant Communities and Mexican Migration to the US", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, núm. 2, pp. 238-266.
- Sassen-Koob, Saskia, 1984, "Capital Mobility and Labor Migration: Their Expression in Core Cities", en Michael Timberlake (comp.), *Urbanization in the World System*, Nueva York, Academic Press, Inc., pp. 231-265.
- Sassen-Koob, Saskia, 1986, "New York City: Economic Restructuring and Immigration", *Development and Change*, vol. 17, núm. 1, enero, pp. 85-119.
- Sassen-Koob, Saskia, 1995, "Immigration and Local Labor Markets", en A. Portes (comp.), *The Economic Sociology of Immigration: Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Smith, R., 1995, "*Los ausentes siempre presentes: The Imagining, Making, and Politics of a Transnational Community Between New York and Ticuani, Puebla*", tesis de doctorado en Political Science, Columbia University.

- Solien de Gonzáles, Nanci, 1961, "Family Organisation in Five Types of Migratory Wage Labour", *American Anthropologist*, vol. 63, núm. 6, 1264-1280.
- Standing, Guy, 1999, "Global Feminization Through Flexible Labor: A Theme Revisited", *World Development*, vol. 27, núm. 3, marzo, pp. 583-602.
- Tapinos, Georges y Daniel Delaunay, 2001, "¿Se puede hablar realmente de la globalización de los flujos migratorios?", *Notas de Población*, año XXVIII, núm. 73, Santiago de Chile, pp. 15-49.
- Thomas, W. y F. Znaniecki, 1996, *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Dover Publications.
- Tienda, M. y K. Booth, 1991, "Gender, Migration and Social Change", *International Sociology*, vol. 6, pp. 51-72.
- Touraine, Alain, 1996, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Velasco Ortiz, Laura, 1999, "Comunidades transnacionales y conciencia étnica: indígenas migrantes en la frontera de México-Estados Unidos", tesis doctoral, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos.
- Vertovec, Steven, 1999, "Conceiving and Researching Transnationalism", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, núm. 2, marzo, pp. 447-475.
- Wolf, D., 1990, "Daughters, Decisions and Domination: An Empirical and Conceptual Critique of Household Strategies", *Development and Change*, Londres, vol. 21, pp. 43-74.
- Zabin, Carol y Luis Escala Rabadan, 1998, "Mexican Hometown Associations and Mexican Immigrant Political Empowerment in Los Angeles", *Working Paper*, The Aspen Institute, invierno.

Recibido: 26 de octubre, 2001.

Aceptado: 10 de junio, 2002.